

Hacia un futuro lleno de esperanza

(Reflexiones para un día de retiro durante el Capítulo General 2016)

5.0

1. Él salió de su tierra.

Tener fe significa realizar un viaje. La experiencia de estar realizando un itinerario es una dimensión fundamental de la fe. Cuando una persona responde a la llamada de Dios, él o ella comienza un itinerario de fe. Todos los creyentes pueden descubrir la fe de Abraham en su propia experiencia. He aquí, unas pocas palabras, breves y sencillas, describiendo la inmensa profundidad de la aventura, del drama, de la belleza y del riesgo de la fe:

“Yahveh dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. [...] Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh.” (Gn 12, 1.4a)

Iniciar una aventura, pues, significa dejarse conducir, perder el control sobre la propia vida de uno mismo, poner a un lado los propios planes, para introducirse en lo desconocido, dejándonos sorprender, permitiendo que extraños entren en nuestra vida y pasando a ser instrumentos de Dios. A veces, tal vez incluso por encima de todo, significa caminar en la oscuridad, vivir en humildad, obtener la conciencia de que es puro don. Pero también significa una esperanza inextinguible – Dios y su llamada llegan, tal y como sucedió antes, desde el futuro, abriendo horizontes, invitándonos y caminando delante de nosotros. Desde entonces, *la fe, el futuro y la esperanza son inseparables*. Por esto, la vida de una persona de fe – si está marcada por la fidelidad a la Palabra recibida – nunca anda errante. Quizás sea difícil, pero *para la gente de fe el futuro está siempre habitado por la esperanza*. Dios que infunde su esperanza en el corazón, es siempre fiel. Nunca dirá: “El viaje se ha acabado, ya no queda nada más”. Incluso cuando corrieron la piedra de la Tumba de Jesús, para Dios no fue un final, ¡quedaba una salida!

“Haré de ti una gran nación” – estas palabras resonarán continuamente en los oídos de Abraham y nada será capaz de hacerlas desaparecer, ni la conciencia de su propia fragilidad, ni la muerte a la que puede mirar de frente, ni otras personas que habrían podido buscar otras soluciones. Un hombre o mujer de fe, alguien que camina en el viaje de la fe, experimenta que Dios es más fuerte que la propia debilidad, incluso más fuerte que la muerte; La lógica de Dios excede todo cálculo humano. Por esto Abraham salió de su tierra. Desde aquel día, él es para todos padre en la fe.

Al responder a la Palabra, Abraham tomó una decisión. La fe es *decidirse a estar con el Señor para vivir con Él*¹. Estas sencillas palabras expresan la realidad de la fe: por un lado, se trata de tomar decisiones cada día, y por otro, la fe es algo que implica totalmente a la persona y no permite respuestas superficiales o tibias. Una persona alcanza su pleno desarrollo humano y de madurez cuando él o ella está *plenamente comprometido* en este proceso. La fe puede alcanzar su plena madurez, sólo cuando una persona entre completamente en su experiencia. Abraham no firmó ningún “contrato por servicios prestados” con Dios. No era un empleado de Dios “por horas”. Se comprometió plenamente, sin reservas y cada día tomo una decisión – a veces muy difícil – de “estar con el Señor” como el primer día.

¹ Benedicto V XI, *Porta Fidei*, 10.

Nuestro Fundador era igual. Por un lado se consagró sin reserva, y por el otro estaba dispuesto a decidirse como la primera vez a “estar con el Señor”, cuyo rostro reconocía en la cara de la Iglesia sufriente de sus pobres.

Nuestro Fundador – como bien sabemos – no escribió disertaciones aprendidas. Era un hombre práctico y su diario espiritual era también muy práctico. No nos dejó ningún tratado de vida espiritual ni ninguna reflexión sistemática sobre la fe de Abraham. Sin embargo, cuando uno investiga en su itinerario de fe, ciertamente puede decir que él vivió como nuestro gran Patriarca y fue él mismo para nosotros – sus hijos espirituales – un verdadero Padre en la fe. Primero él mismo aprendió y luego nos mostró como confiarnos nosotros mismos a Dios, que es quien llama; cómo salir a lo desconocido; cómo arriesgar; cómo cruzar las barreras establecidas de la lógica humana; cómo preservar la preocupación en el corazón de cada uno – preocupación por ser fieles, y, en todo lo demás, abandonarse en Dios.

He aquí uno de los numerosos ejemplos. Una vez que visitaba la comunidad de Inchicore en Dublín en 1857, sintiéndose muy edificado por el buen espíritu, el celo y la regularidad espiritual de los miembros, afirmaba que era una obra maravillosa de la gracia, a la que recomendaba responder con *“una constante fidelidad a la Santa Regla”* – fidelidad que es total y renovada cada día.

He mencionado que el Fundador no escribió ninguna disertación sobre Abraham, pero sí mencionó a Abraham, cuando escribía en su diario sobre su viaje por África del 22 de Octubre al 13 de Noviembre de 1842. Escribía sobre su encuentro con aquellos cuyas costumbres y tiendas en el Oasis del Norte de África hacía que en su imaginación se recrease en la época de los Patriarcas. Con tristeza en su corazón confesaba que ellos no habían seguido al gran Padre en la fe y que estaban siendo por tanto privados de la Luz a la que él sí había llegado. Pero podemos percibir fácilmente cómo en sus palabras ardía el fuego de un misionero: *debemos hacer todo cuanto esté a nuestro alcance para que encuentren a Dios y la fe de la iglesia³. Es como si quisiera decir: nosotros, que hemos alcanzado la fe de Abraham, debemos embarcarnos en una misión para llevar la Luz de su fe a aquellos que viven en tiendas, como el Patriarca, pero que nunca han iniciado ese viaje del espíritu que lleva al descubrimiento de la plenitud de la verdad sobre Dios.*

Es el momento ya de llegar a **una conclusión preliminar en esta reflexión**. Dios exigió de Abraham una fidelidad radical a Su Palabra. Nuestro Fundador, que oyó esta Palabra, también sabía que *la puerta a un futuro lleno de esperanza queda abierta por una radical fidelidad a Dios*, que llama a, e indica una misión. Debemos ser fieles y Dios se cuidará del resto. Por un lado, 200 años de nuestra historia es un testimonio de lo siguiente: al igual que la actitud de Abraham para las futuras generaciones, el carisma de Eugenio también ha llegado a ser una bendición para las naciones. Por otro lado, al atravesar el umbral simbólico de los 200 años de nuestra vida Oblata, somos invitados de nuevo a una fidelidad radical a nuestro carisma. Como recordaba la pequeña comunidad de Inchicore: *somos llamados a una fidelidad radical a la Santa Regla*. Dios se cuidará del resto. Él es el Señor de la historia y es Él quien nos lleva. Sólo pide de nosotros *confianza* en Él y *fidelidad*.

2. Los Pobres – el camino para los Oblatos.

² Écrits Oblats III, 208.

³ Écrits Oblats XXI, 66.

Desde que Jesús dijera a los Apóstoles, “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19), la Iglesia está constantemente en camino. La Iglesia nació para salir y marchar. Ella es fiel a sí misma sólo cuando sale y comparte el don del amor, cuando llega hasta aquellos que, en el camino, han sido privados del amor. Sin duda, el camino de la Iglesia es el ser humano; más aún, “en el ámbito de toda la humanidad— *este hombre* es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención.”⁴ Este hombre es, pues, el camino de la Iglesia, camino de su vida y experiencia cotidiana, de su misión y de su fatiga.⁵

Desde que Eugenio de Mazenod escogiera las mismas palabras de Cristo, “*pauperes evangelizantur*”, como el camino de los *Misioneros Oblatos*, los pobres, los abandonados y los últimos son el camino cotidiano de su vida, experiencia, misión y esfuerzos. Los Oblatos les anuncian la proximidad del Reino de Dios, que “*El Reino de Dios no es un concepto, una doctrina o un programa sujeto a libre elaboración, sino que es ante todo una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible.*”⁶

El Padre Marcello Zago nos recordó que la vida consagrada es en sí mismo un viaje, moviéndonos a través de la historia, asumiendo distintas formas que responden a las exigencias de la edad y de las condiciones de vida de la gente.⁷ Y ha sido en este viaje de la Vida Consagrada donde ha nacido nuestra Congregación. El Capítulo General es también un *momento privilegiado de gracia dentro de este viaje*. El conjunto de la Congregación, en la persona de sus representantes, hace una pausa dentro de este itinerario; mira los senderos transitados en el pasado, recupera fuerzas, y planifica sus futuras tareas misioneras. *Tres palabras* describen esta experiencia fundamental de la Congregación. Éstas resonaron con increíble fuerza durante el periodo de preparación del presente Capítulo General, palabras que el Papa Francisco nos dirigió a nosotros, los consagrados de la Iglesia: gratitud por el pasado, pasión por el presente, y esperanza cuando miramos al futuro.⁸

Durante el Trienio de preparación por el Capítulo General, hubo numerosas reflexiones realizadas por nuestras comunidades. Una cosa que ciertamente afirmaron era que *nosotros no queremos terminar este viaje*. La Congregación al completo ha puesto gran esperanza en este Capítulo, para seguir avanzando llenos de esperanza. Pero hay una condición: para que esto suceda *no podemos – no debemos – desviarnos de la senda que los pobres nos han marcado*.

El Capítulo General de este año tiene una dimensión especial, que está claramente esbozada por el tema escogido: queremos volver a las fuentes, queremos experimentar el celo apostólico del Fundador y de los primeros oblatos y, por encima de todo, queremos renovar nuestra misión en la Iglesia, que busca un camino que nos lleve hasta la persona humana. En este camino, *como oblatos, queremos encontrar en primer lugar y ante todo, a los pobres*.

⁴ Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, III, 14.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 18.

⁷ Documentazione OMI, n° 214, s. 6.

⁸ Francisco, Carta Apostólica a todos los Consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, Adviento de 2014 – Adviento de 2015, I, 1-3.

La pregunta esencial de nuestro carisma en lo relativo a los pobres nunca ha sido simple o directa, como cabría imaginar. El rostro de los pobres es cambiante. Debemos siempre salir en su búsqueda cada día como si fuera el primero y abrirnos camino hasta ellos. Cada época y cada contexto tiene sus propios pobres. Nuestro Fundador no se limitó a una clase social particular. Nos pidió que buscáramos a los más abandonados y les anunciáramos el Evangelio.⁹ Pero hay una cosa que no ha cambiado: *los pobres deben ser siempre el camino para nosotros, Oblatos*. Hoy somos hijos de una nueva cultura; una nueva cultura, una nueva forma de pensar y valorar que engendra nuevos tipos de pobres. ¿Cómo?

Lo que voy a decir ahora probablemente hace referencia más a la así denominada cultura occidental. Pero dado el proceso de globalización, poco a poco empieza a tocar también áreas más amplias de la misión oblata. De ningún modo considero la siguiente reflexión exhaustiva; más bien, querría que fuera una especie de catalizador en nuestra búsqueda de *los pobres*. Estoy profundamente convencido de que un análisis de las condiciones culturales y sociales que dan origen a los pobres, es una necesidad urgente vinculada a la dimensión profética de nuestro carisma. Querría tratar brevemente tres puntos y extraer luego algunas conclusiones.

- a) **Primera reflexión.** Hasta hace muy poco podíamos decir que la cultura contemporánea quería ganar, convencer, o “atrapar vivo”, a alguno o a algún que otro grupo. Hoy, como alguien ha observado acertadamente, uno ya no “atrapa a nadie vivo”, ni con una red pequeña ni con una grande. *Hoy la misma agua ha cambiado*. Para la mayor parte del mundo ya no es “agua Cristiana”. Constantemente surgen nuevos ambientes, produciendo nuevos pobres, que claman por nuestra presencia y servicio. Estos son en verdad los nuevos pobres, que bajo la influencia de lo que una vez era llamada cultura Cristiana son ahora los nuevos pobres de la laicidad (*secularización*).
- b) **Segunda reflexión.** Los nuevos “pobres en espíritu” son los hijos de la civilización tecnológica del siglo XXI. Al mirar las tendencias filosóficas y sociales de los últimos trescientos años – y a riesgo de simplificar en exceso el asunto – uno puede decir lo siguiente: el siglo XIX proclamó la “muerte de Dios”, el siglo XX la “muerte del hombre” y el siglo XXI propone el concepto del “hombre-máquina”, eficiente, creador tecnológico de su propio destino, señor de la vida y de la muerte. El Papa Benedicto reflejaba este diagnóstico en estas extensas palabras: “Hoy el hombre piensa que puede realizar por sí mismo lo que en el pasado sólo podía esperar de Dios (...) El pensamiento ya no busca el misterio, ya no busca lo que es divino, en cambio, cree que todo es ya conocido (...) El progreso ha conducido ciertamente a un aumento de nuestras posibilidades, pero no necesariamente a un avance de la dimensión moral o humana.”¹⁰

Continuando en esta misma línea, el Papa Francisco añade: “la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría.”¹¹

Esta es el agua nueva y cambiada, el medio en el que nuestros hermanos y hermanas están creciendo, y en el que están siendo formados. Ellos son el camino para los Oblatos.

⁹ Documentazione OMI, n° 214, s. 6

¹⁰ Cfr. Benedicto XVI, *La luz del mundo*, 144-146.

¹¹ Francisco, *Evangelii gaudium*, 7.

- c) **Tercera reflexión.** Comparto el pensamiento del antiguo Nuncio Apostólico de mi país, Mons. Celestino Migliore, quien llamaba a la cultura actual una “cultura de la escasez”, una cultura de la insaciabilidad. En una palabra, significa que hay una constante necesidad de *más*, de más tiempo, más información, más autonomía, más eficiencia, más influencia. Necesitamos producir más y necesitamos consumir más. Un mecanismo competitivo es así iniciado para lograr el primer puesto. Pero esta actitud, despacio pero con paso firme, disminuye y destroza las virtudes de solidaridad y confianza mutua. Elimina y discrimina a los que no son suficientemente productivos y no prueban su eficiencia. Es esta situación las personas no establecen auténticas relaciones humanas entre ellos, sino que se convierten en competidores. Por un lado uno nace empobrecido en relaciones humanas y por el otro el número de los excluidos en los márgenes de la sociedad aumenta, porque no son lo suficientemente fuertes como para alcanzar una posición de influencia y estima. El vertedero de desechos humanos de los cuales habla el Papa Francisco con tanta fuerza, crece, allí donde la gente puede ser utilizada y luego descartada. Los excluidos pasan a ser desechos inútiles.¹²

Se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera.¹³

El momento de una conclusión: Los Oblatos no pueden estar en todas las partes. Quizás sean necesitados en todas partes, pero ¡ellos tienen que estar donde están los pobres! Esto es también parte de esa fidelidad radical a la que hoy somos llamados. En el pasado, estábamos orgullosos cuando el Papa nos llamaba especialistas en misiones difíciles. Hoy, estas misiones difíciles son incluso más complejas: encontrar a los nuevos pobres, para responder sabiamente a los signos de los tiempos, que apuntan a ellos, y ¡para estar con ellos! *El camino de los Oblatos debe seguir siendo la gente, es decir, ¡los pobres!*

En su conmovedora oración sacerdotal recogida por el Cuarto Evangelista, Jesús dice: *No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno (Jn 17, 15)*. Jesús nos dejó en el mundo; nos envió a este mundo. No es sólo el mundo que no aceptó a Jesús, sino que es sobre todo el mundo en el que vive la humanidad; el mundo en el que el hombre lucha, cae, busca, se levanta, crece, madura y muere. Es el mundo al que somos enviados, en el que permanecemos, llamados a entrar en la lucha humana, a unirnos a la búsqueda humana, al proceso de maduración, muriendo, cayendo y levantándonos; entrar en la lucha personal de cada persona, la lucha por una dignidad personal y por la felicidad. Prometimos no dar la espalda a este mundo; no dar la espalda a la humanidad, a los pobres. **Nuestro futuro depende de si nos mantenemos fieles a esta intuición original de nuestro Fundador.**

3. Hacia la Esperanza

En referencia a la cultura en la que vivimos, a la atmósfera que nos rodea y al clima intelectual que abraza todo y que respiramos – especialmente en occidente, pero no sólo – a menudo

¹² Ibidem, 52-53.

¹³ Ibidem, 54.

utilizamos dos designaciones: *post-moderna*, y a veces *post-cristiana*. Como queriendo subrayar que con la era moderna, la era cristiana ha pasado, al menos un elemento vinculante que creaba una cultura que fue esencial para la humanidad y que, para muchos en el pasado, unía las sociedades cristianas.

Un *mundo post-cristiano*: ¡es una expresión que un discípulo de Cristo nunca utilizaría! Nunca diría que ahora estamos en el “después”, que el mensaje del Evangelio pertenece al pasado. Vivimos en constante expectación de un futuro que traerá a Dios. Abraham vivió de esta forma, y también sus grandes seguidores, al igual que nuestro Fundador. Tenemos ojos que miran al futuro con esperanza, buscando a Cristo en él. Para nosotros, discípulos de Cristo, ¡siempre es Adviento! A pesar de las debilidades que nos rodean, sabemos que ante nosotros se alza un futuro lleno de esperanza. Con independencia de la abundancia de signos de renovación, de cambio o de conversión en torno a nosotros, sabemos bien que el Reino en su plenitud, el mundo de Dios y Dios mismo siguen aún ante nosotros, aguardándonos. **Además, a estos nuevos profetas que nos anuncian una era post-cristiana – nosotros decimos ¡NO!** Estamos convencidos de que vivimos en tiempos que son siempre pre-cristianos. Es ésta una actitud plenamente oblata, y fue precisamente esta actitud por la que Eugenio fue llamado un “hombre de Adviento” – un hombre de expectación y de esperanza. Al mirar la devastación que había causado la Revolución Francesa, él nunca dijo que los tiempos que vivía eran post-cristianos. Vio los tremendos desafíos, que le llevaron a entregarse sin reservas anunciando a Cristo. Miró al futuro con los ojos de Abraham y vio un futuro lleno de esperanza. Miró las cenizas en que había quedado la sociedad francesa devastada por la Revolución de la misma manera en que el Patriarca miraba el seno aparentemente estéril de Sara, y vio el poder de Dios: *“Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi Día; lo vio y se alegró.”* (Jn 8, 56)

Es precisamente en esta forma de mirar la realidad en que se basa la dimensión profética de nuestra vida, de nuestra identidad, y de nuestro servicio. Un profeta no es un “reportero llegado desde el futuro”. Un profeta es alguien que mira el presente con los ojos de Dios y ¡Dios nunca mira el mundo como si “estuviera acabado” – “el fin”! Para Dios el mundo siempre tiene un futuro. Dios está con nosotros, está presente incluso ahora, y dice: *“¡Mirad, que Yo hago nuevas todas las cosas!”* (Ap 21, 5)

En este contexto, el Papa Francisco escribió de forma bien hermosa en su carta para la inauguración del Año de la Vida Consagrada. Estas palabras tienen mucho que decirnos a nosotros, Oblatos, especialmente en los lugares en los que parece desaparecer la Esperanza, en las que nuestros números empiezan a asustarnos, donde, tras 200 años de servicio a la Iglesia, parece difícil renacer: *“A los pies de la cruz, María es mujer del dolor y, al mismo tiempo, de la espera vigilante de un misterio, más grande que el dolor, que está por realizarse. Todo parece verdaderamente acabado; toda esperanza podría decirse apagada. También ella, en ese momento, recordando las promesas de la anunciación habría podido decir: no se cumplieron, he sido engañada. Pero no lo dijo. Sin embargo ella, bienaventurada porque ha creído, por su fe ve nacer el futuro nuevo y espera con esperanza el mañana de Dios. A veces pienso: ¿sabemos esperar el mañana de Dios? ¿O queremos el hoy? El mañana de Dios para ella es el alba de la mañana de Pascua, de ese primer día de la semana. Nos hará bien pensar, en la contemplación, en el abrazo del hijo con la madre. La única lámpara encendida en el sepulcro de Jesús es la esperanza de la madre, que en ese momento es la esperanza de toda la*

humanidad. Me pregunto a mí y a vosotros: en los monasterios, ¿está aún encendida esta lámpara? En los monasterios, ¿se espera el mañana de Dios?”¹⁴

Otra conclusión es que nosotros también necesitamos hacernos esta pregunta aquí y ahora: ¿Sigue ardiendo esta lámpara de la esperanza en nuestras comunidades oblatas? Si sólo arde tenuemente, este Capítulo debería fortalecer su llama. *¡Hay esperanza y hay un futuro para nosotros, Oblatos! ¡Ojalá nunca apaguemos esta lámpara de la esperanza!*

4. Él creyó a Dios

¿Por dónde deberíamos empezar esta marcha hacia el futuro? *“Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia.”* (Rom 4, 3) *Para nosotros, oblatos, la clave ha sido y siempre será la fe en quienes somos, en lo que se nos ha dado, y en lo que hemos sido llamados a ser.*

En 1982 en Gabón, S. Juan Pablo II dijo estas palabras, que querría traer aquí a colación. En un encuentro con el clero y los religiosos en Libreville dijo que la primera obligación de quien ha sido llamado por Dios es creer en su propio misterio.¹⁵ En esencia, toda renovación consiste – ante todo– en crecer en la fe en la propia vocación, en el misterio de uno mismo, y desde ahí, crecer en fidelidad a esta vocación tanto en su dimensión personal como comunitaria.

“Así es la costumbre de nuestro Dios: primero concede un don y luego ofrece la comprensión de lo que concede” – estas hermosas y sabias palabras de S. Gregorio de Nacienceno hacen referencia de manera notable ante todo al Misterio de la Salvación, y sobre todo al Misterio de la Encarnación. Dios nos ha sorprendido: primero se reveló a Sí Mismo y nos asombramos constantemente ante lo que llegamos a comprender y descubrir de este Misterio.

Pero estas palabras también se aplican al misterio de nuestra vocación – como individuos y como Congregación. Dios dijo primero a Abraham: *“Sal de tu tierra y yo te mostraré.”* Luego, le reveló gradualmente. Primero confiere y luego ofrece la comprensión del don conferido. Fue igual en la vida del Fundador. Recibió una gracia, cuyo desarrollo no podía prever. De ahí que estuviera siempre asombrado, que exigiera continuamente a la acción de gracias, fidelidad y apertura. La experiencia de la fe del Fundador fue como la de Abraham. Es como si Eugenio dijera: *“¡Mi fe en Dios es posible porque Dios ha creído primero en mí!”* Esta debería ser nuestra actitud hoy. Debemos creer en nuestra propia vocación. ¿Cuál será nuestro futuro? ¡No lo sabemos! No sabemos hacia dónde nos lleva Dios, pero sí sabemos que es Él el que nos está llevando. La Iglesia sigue necesitando nuestro carisma y Dios continúa llamándonos para colaborar en la obra de la evangelización. ¡Respondamos! *Dejemos que nos conduzcan hasta lo desconocido.*

La intimidad que la Iglesia tiene con Jesús en una intimidad itinerante.¹⁶ Estas palabras tan significativas han sido confirmadas en la historia de nuestra Congregación. Tenemos la valentía de hablar de Jesucristo y de anunciar al mundo la esperanza que fluye de Su Nombre porque gozamos de una relación íntima con Él en el camino. Durante los pasados 200 años de nuestro

¹⁴ ¡ALEGRO! Carta circular a los consagrados y consagradas, 12.

¹⁵ *En tout cas, je tiens à souligner que la première fidélité demandé à un prêtre - quel que soit son genre de vie et d'apostolat - est de continuer à croire à son propre mystère, de persévérer dans la foi à ce don de Dieu qu'il a reçu et auquel l'inévitable routine et les autres obstacles peuvent certainement porter atteinte.*

¹⁶ Francisco, *Evangelii Gaudium*, 23: *La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante.*

viaje a través de la historia hemos podido llegar a conocerle. Hemos recibido su Palabra y hemos experimentado su poder. Hemos podido experimentar que Dios da permiso para actuar en la fe a aquellos que no se detienen, que no dan por concluido su viaje. Nuestra disponibilidad, dejándolo todo y avanzando, nos ha permitido llegar a conocer a Jesús y nos ha dado la valentía de anunciarle al mundo.

Hablamos de la vocación oblata. ¿De qué manera percibimos que Dios sigue llamándonos, que es precisamente su interpelación la que nos une? ¿Cómo? Por el hecho de que Él no nos deja solos, que está en paz. Él es la fuente de una positiva “santa inquietud” que reside en nosotros. Es éste la intuitiva genialidad del Papa Francisco que ahora querría sacar a colación. Dice: “*Ante el ídolo, no hay riesgo de una llamada que haga salir de las propias seguridades, porque los ídolos « tienen boca y no hablan » (Sal 115,5). Vemos entonces que el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos.*”¹⁷ Pero hemos puesto a Dios en el centro, su obra, la Iglesia, su Hijo, y los pobres.

¡Tiempo para otra conclusión! Este día de oración precede a la elección de los miembros de la Administración General. Oremos por la elección de hombres que creen en nuestra Congregación, en su misión, en el misterio de su vocación. De manera similar, nuestro Fundador – desde el comienzo se rodeó de gente que creía en el misterio de nuestra vocación dentro de la Iglesia. Esta es la clase de líderes que necesitamos hoy: *envalentonados con el valor de la fe y del misterio de nuestra vocación oblata.*

5. En lugar de un final: un gesto que cambió el mundo.

Pasados 200 años de nuestra historia, en este momento tan simbólico y significativo de nuestra historia debemos hacernos la misma pregunta que hizo nuestro Fundador: “¿Qué hizo nuestro Señor Jesucristo?” El Fundador respondió: eligió discípulos, los formó y los envió. Me gustaría dirigir nuestra atención a la escuela de Jesús y a un “gesto de formación” particular. Podríamos preguntar: ¿Qué hizo Jesús en la hora más importante de su misión, cuando estaba a punto de salir de aquel cenáculo camino del calvario? ¿Qué hizo cuando la historia de la humanidad llegó a su cenit? En el momento en el que supo que el Padre había puesto todo en sus manos (Jn 13, 3), Jesús tuvo un gesto que debía ser medicina para la enfermedad del mundo: lavó los pies de sus discípulos (Jn 13). Lleno de amor, humildemente se inclinó sobre la miseria humana. Sorprendió a los otros permitiendo que una mujer le lavara los pies (Jn 12). Buscaba un gesto, sin palabras, un gesto que expresara amor auténtico. Recordó el gesto de la mujer y ahora él mismo lo repitió en el momento más importante de la historia humana.

Una persona se convierte en lo que ama. Nosotros seremos valientes misioneros de los pobres si de verdad llegamos a amarlos. **No podemos servir auténticamente a los pobres si sólo lo hacemos porque estamos convencidos de que esto es lo que deberíamos hacer. Jesús se inclinó ante nuestra pobreza humana por que nos amaba.** Se rebajó profundamente porque nos amaba hasta el final. En la oración de preparación para el Capítulo General pedíamos por una conversión personal. Creo que necesitamos seguir con esa oración, pidiendo ahora un *amor verdadero hacia los pobres*. Hemos desarrollado estructuras y garantizado un capital, una Casa General renovada, y todo cuanto necesitamos para nuestra vida diaria. Si de verdad tenemos amor auténtico por los pobres no necesitamos preocuparnos por otras cosas.

¹⁷ Francisco, *Lumen fidei*, 13

Nuestras Constituciones y Reglas hablan dos veces sobre el amor a los pobres: lo exigen a los candidatos que quieren entrar en nuestro instituto (R54a) y a los candidatos para el ministerio de superior (C82). Creo que esta es también la respuesta a la pregunta sobre el tipo de gente que estamos buscando para desempeñar las tareas de la Administración General: *deben ser hombres que amen a los pobres*. A esto somos llamados dentro de la Iglesia.

Una última palabra. Ya hemos hablado sobre el tipo de líderes que queremos. Pero, ¿qué pasa con los oblatos individuales? Cuando Benedicto XVI abdicó, el Presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, Timothy Dolan dijo que un pastor marcado por tres cualidades especiales nos había dejado: un pastor *con un corazón sensible, una mente penetrante y un alma segura de su unión con Dios*.¹⁸ Si nos detenemos por un momento en estas palabras, nos daremos cuenta del hecho de que esto no sólo se puede aplicar al Papa Benedicto; ¡estas son cualidades de toda persona consagrada a Dios! Abraham las tuvo primero. Él tuvo un *corazón sensible* capaz de percibir, oír y aceptar toda intuición que Dios ponía en su corazón. Tuvo un *intelecto incisivo*, gracias al cual supo que la lógica de este mundo no bastaba para ganar su vida y finalmente tuvo *la seguridad espiritual de un alma unida con Dios*; esta seguridad le permitió perseverar a pesar de las sombras que se alzaban en su fe. San Pablo era también así, como lo fue también nuestro Fundador. Quizás cada oblato debería ser también así.

Oremos, por tanto, para que el Señor conceda a nuestros líderes, de hoy y de mañana, un amor auténtico a los pobres y una fe viva en el misterio de nuestra vocación. Pidamos también para que el Señor nos dé a cada uno de nosotros, y a cada oblato, un corazón sensible, una mente incisiva, y un alma segura en su unión con Dios.

P. Wojciech Popielewski OMI

¹⁸ *The Holy Father brought the tender heart of a pastor, the incisive mind of a scholar and the confidence of a soul united with His God in all he did.* Ver: <http://www.usccb.org/news/2013/13-038.cfm>